



Palabra de Dios

Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles; y les dijo: “Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios.”

Y recibiendo una copa, dadas las gracias, dijo: “Tomad esto y repartidlo entre vosotros; porque os digo que, a partir de este momento, no beberé del producto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios”.

Tomó luego pan, y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: “Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío.” De igual modo, después de cenar, tomó la copa, diciendo: “Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros”.

Lc 22,14-20

Índice

Queridos hermanos:...estamos en Cuaresma	1
Carta Apostólica “Mane nobiscum domine” (y 2)	2
Para meditar: Elegidos, santificados, glorificados...	4
El rincón de vuestros Testimonios	
Carta abierta a la Renovación	
Noticias	
A tu servicio	

Queridos hermanos: estamos en Cuaresma

La Cuaresma es presentada normalmente como un tiempo triste. Y es una pena. **Es el tiempo de recuperar la verdadera libertad** (y eso siempre es bueno y “alegre”). Encima, el texto del evangelio que se proclama el miércoles de ceniza, primer día de la cuaresma, es este:

“Cuando ayunéis nos os pongáis mustios...

perfumaos, poneos guapos... que no se note”(Mt 6, 16-18)

No hay que confundir “tiempo importante y serio” con “triste”. Cuaresma hace referencia también a “40 días”. Cuarenta días para celebrar la Pascua que es la fiesta central de los cristianos. Cuaresma es, pues, el tiempo de preparación para la Pascua del Señor. Y que conste que Dios no necesita “nuestra preparación”, ni nuestros ayunos, ni nuestras limosnas, ni nuestras oraciones. **Somos nosotros los que podemos necesitar de esos “movimiento de corazón”.**

No nos preparamos para “*aplacar*” a Dios. Nos preparamos para cambiar nosotros y para que nuestro cambio llegue también al vecino. Es decir, para poner un poco más de PAZ y de BONDAD en el mundo. Eso es lo que le gusta a Dios: el cambio. El preocuparse de lo que está mal en nosotros sin dejarnos llenar de las bendiciones y deseos de Dios es algo muy pobre.

Tradicionalmente la preparación a la cuaresma ha consistido y consiste en ayuno, abstinencia, oración y limosna. Será bueno releer lo que estas palabras tienen de contenido espiritual para seguir creciendo en los deseos de “las cosas de Dios”.

AYUNO. Algo que me tiene que recordar que **me tengo que alimentar también “de Dios” y ser capaz de alimentar a los hermanos**; ser capaz de compartir con los demás. El ayunar de egoísmos y hacer crecer la solidaridad hacia el exterior, nos pone en la sintonía del Juicio de Mateo veinticinco. Ayuno y limosna son hermanos gemelos de la espiritualidad cristiana.

ABSTINENCIA. Abstenerse es recordarse a uno mismo que no podemos vivir queriendo todo, probando de todo, satisfaciendo todo. **Hay algo más importante que quererlo todo y vivir de puro capricho** o de antojos: el ser y el ayudar al otro a ser.

El ayuno y la abstinencia tienen como meta una reconversión personal al evangelio y a los otros. Lo que nos quitamos en tener, lo ganamos en ser y en entrega a los demás. Esto es conversión y evangelio.

ORACION. Es charlar más con Dios, intimar, callar en su presencia para que ÉL hable. Darle más tiempo en medio de nuestras ocupadas y preocupadas jornadas. Hay que buscarle ratos, momentos de oración. **No se puede ser cristiano sin oración.** No se puede ser creyente sin reconocerle, sin alabarle y bendecirle, igual que no se puede ser esposo o esposa sin comunicarse.

LIMOSNA. Es una de las prácticas cuaresmales más antiguas. Tiene sentido si nace del corazón, si es signo de conversión interior. Es limosna dar de lo que tenemos, **decidirnos a tener menos para que el otro tenga lo necesario.** Es limosna el compartir y el exigir justicia a nuestro alrededor, es limosna abrir los ojos y ver a los necesitados, es limosna dar nuestro tiempo a los que en silencio lo reclaman, es limosna estar atento al otro

Desde la CRZC os deseamos un FELIZ Y PROFUNDO tiempo de Cuaresma.

Mane Nobiscum Domine (y 2)

A continuación os incluimos la segunda parte de la carta apostólica que SS Juan Pablo II ha enviado recientemente al episcopado, al clero y a los fieles para el año de la Eucaristía.

III

LA EUCARISTÍA FUENTE Y EPIFANÍA DE COMUNIÓN

«**Permaneced en mí, y yo en vosotros**» (Jn 15,4)

19. Cuando los discípulos de Emaús le pidieron que se quedara «con» ellos, Jesús contestó con un don mucho mayor. Mediante el sacramento de la Eucaristía encontró el modo de quedarse «en» ellos. Recibir la Eucaristía es entrar en profunda comunión con Jesús. «Permaneced en mí, y yo en vosotros» (Jn 15,4). Esta relación de íntima y recíproca «permanencia» nos permite anticipar en cierto modo el cielo en la tierra. ¿No es quizás éste el mayor anhelo del hombre? ¿No es esto lo que Dios se ha propuesto realizando en la historia su designio de salvación? Él ha puesto en el corazón del hombre el «hambre» de su Palabra (cf. Am 8,11), un hambre que sólo se satisfará en la plena unión con Él. Se nos da la comunión eucarística para «saciarlos» de Dios en esta tierra, a la espera de la plena satisfacción en el cielo.

Un solo pan, un solo cuerpo

20. Pero la especial intimidad que se da en la «comunión» eucarística no puede comprenderse adecuadamente ni experimentar-

se plenamente fuera de la comunión eclesial. Esto lo he subrayado repetidamente en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. La Iglesia es el cuerpo de Cristo: se camina «con Cristo» en la medida en que se está en relación «con su cuerpo». Para crear y fomentar esta unidad Cristo envía el Espíritu Santo. Y Él mismo la promueve mediante su presencia eucarística. En efecto, es precisamente el único Pan eucarístico el que nos hace un solo cuerpo. El apóstol Pablo lo afirma: «Un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (1 Co 10,17). En el misterio eucarístico Jesús edifica la Iglesia como comunión, según el supremo modelo expresado en la *oración sacerdotal*: «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17,21).

21. La Eucaristía es fuente de la unidad eclesial y, a la vez, su máxima manifestación. La Eucaristía es *epifanía de comunión*. Por ello la Iglesia establece ciertas condiciones para poder participar de manera plena en la Celebración eucarística.[18] Son exigencias que deben hacernos tomar conciencia cada vez más clara de *cuán exigente es la comunión que Jesús nos pide*. Es comunión *jerárquica*, basada en la conciencia de las distintas funciones y ministerios, recordada también continuamente en la plegaria eucarística al mencionar al Papa y al Obispo diocesano. Es comunión *fraterna*, cultivada por una «espiritualidad de comunión» que nos mueve a senti-

mientos recíprocos de apertura, afecto, comprensión y perdón. [19]

«**Un solo corazón y una sola alma**» (Hch 4,32)

22. En cada Santa Misa nos sentimos interpelados por el ideal de comunión que el libro de los Hechos de los Apóstoles presenta como modelo para la Iglesia de todos los tiempos. La Iglesia congregada alrededor de los Apóstoles, convocada por la Palabra de Dios, es capaz de compartir no sólo lo que concierne los bienes espirituales, sino también los bienes materiales (cf. Hch 2,42- 47; 4,32-35). En este Año de la Eucaristía el Señor nos invita a acercarnos lo más posible a este ideal. Que se vivan con particular intensidad los momentos ya sugeridos por la liturgia para la «Misa estacional», que el Obispo celebra en la catedral con sus presbíteros y diáconos, y con la participación de todo el Pueblo de Dios. Ésta es la principal «manifestación» de la Iglesia.[20] Pero será bueno promover *otras ocasiones significativas* también en las parroquias, para que se acreciente el sentido de la comunión, encontrando en la Celebración eucarística un renovado fervor.

El Día del Señor

23. Es de desear vivamente que en este año se haga un especial esfuerzo por redescubrir y vivir plenamente el Domingo como día del Señor y día de la Iglesia. Sería motivo de satisfacción si se meditase de nuevo lo que ya escribí en la Carta apostólica *Dies Domini*. «En efecto, precisamente en la Misa dominical es donde los cristianos reviven de manera particularmente intensa la experiencia que tuvieron los Apóstoles la

tarde de Pascua, cuando el Resucitado se les manifestó estando reunidos (cf. *Jn* 20,19). En aquel pequeño núcleo de discípulos, primicia de la Iglesia, estaba en cierto modo presente el Pueblo de Dios de todos los tiempos».[21] Que los sacerdotes en su trabajo pastoral presten, durante este año de gracia, *una atención todavía mayor a la Misa dominical*, como celebración en la que los fieles de una parroquia se reúnen en comunidad, constatando cómo participan también ordinariamente los diversos grupos, movimientos y asociaciones presentes en la parroquia.

IV LA EUCARISTÍA PRINCIPIO Y PROYECTO DE «MISIÓN»

«Levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén» (*Lc* 24,33)

24. Los dos discípulos de Emaús, tras haber reconocido al Señor, «se levantaron al momento» (*Lc* 24,33) para ir a comunicar lo que habían visto y oído. Cuando se ha tenido verdadera experiencia del Resucitado, alimentándose de su cuerpo y de su sangre, no se puede guardar la alegría sólo para uno mismo. El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano *la exigencia de evangelizar y dar testimonio*. Lo subrayé precisamente en la homilía en que anuncié el *Año de la Eucaristía*, refiriéndome a las palabras de Pablo: «Cada vez que coméis de este pan y bebéis de la copa, proclamareis la muerte del Señor, hasta que vuelva» (*1Co* 11,26). El Apóstol relaciona íntimamente el banquete y el anuncio: entrar en comunión con Cris-

to en el memorial de la Pascua significa experimentar al mismo tiempo el deber de ser misioneros del acontecimiento actualizado en el rito.[22] La despedida al finalizar la Misa es como *una consigna* que impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad.

25. La Eucaristía no sólo proporciona la fuerza interior para dicha misión, sino también, en cierto sentido, su *proyecto*. En efecto, la Eucaristía es un modo de ser que pasa de Jesús al cristiano y, por su testimonio, tiende a irradiarse en la sociedad y en la cultura. Para lograrlo, es necesario que cada fiel asimile, en la meditación personal y comunitaria, los valores que la Eucaristía expresa, las actitudes que inspira, los propósitos de vida que suscita. ¿Por qué no ver en esto la *consigna especial* que podría surgir del *Año de la Eucaristía*?

Acción de gracias

26. Un elemento fundamental de este «proyecto» aparece ya en el sentido mismo de la palabra «eucaristía»: acción de gracias.

En Jesús, en su sacrificio, en su «sí» incondicional a la voluntad del Padre, está el «sí», el «gracias», el «amén» de toda la humanidad. La Iglesia está llamada a recordar a los hombres esta gran verdad. Es urgente hacerlo sobre todo en nuestra cultura secularizada, que respira el olvido de Dios y cultiva la vana autosuficiencia del hombre. Encarnar el proyecto eucarístico en la vida cotidiana, donde se trabaja y se vive —en la familia, la escuela, la fábrica y en las diversas condiciones de vida—, significa, además, testimoniar que *la reali-*

dad humana no se justifica sin referirla al Creador: «Sin el Creador la criatura se diluye».[23] Esta referencia trascendente, que nos obliga a un continuo «dar gracias» —justamente a una actitud eucarística— por lo todo lo que tenemos y somos, no perjudica la legítima autonomía de las realidades terrenas,[24] sino que la sitúa en su auténtico fundamento, marcando al mismo tiempo sus propios límites.

En este *Año de la Eucaristía* los cristianos se han de comprometer más decididamente a dar testimonio de la presencia de Dios en el mundo. No tengamos miedo de hablar de Dios ni de mostrar los signos de la fe con la frente muy alta. La «cultura de la Eucaristía» promueve una cultura del diálogo, que en ella encuentra fuerza y alimento. Se equivoca quien cree que la referencia pública a la fe menoscaba la justa autonomía del Estado y de las instituciones civiles, o que puede incluso fomentar actitudes de intolerancia. Si bien no han faltado en la historia errores, inclusive entre los creyentes, como reconocí con

oportunidad del Jubileo, esto no se debe a las «raíces cristianas», sino a la incoherencia de los cristianos con sus propias raíces.

Quien aprende a decir «gracias» como lo hizo Cristo en la cruz, podrá ser un mártir, pero nunca será un torturador.

El camino de la solidaridad

27. La Eucaristía no sólo es expresión de comunión en la vida de la Iglesia; es también *proyecto de solidaridad* para toda la humanidad. En la celebración eucarística la Iglesia renueva continuamente su conciencia de ser «signo



e instrumento» no sólo de la íntima unión con Dios, sino también de la unidad de todo el género humano.[25] La Misa, aun cuando se celebre de manera oculta o en lugares recónditos de la tierra, tiene siempre un carácter de universalidad. El cristiano que participa en la Eucaristía aprende de ella a ser *promotor de comunión, de paz y de solidaridad* en todas las circunstancias de la vida. La imagen lacerante de nuestro mundo, que ha comenzado el nuevo Milenio con el espectro del terrorismo y la tragedia de la guerra, interpela más que nunca a los cristianos a vivir la Eucaristía como *una gran escuela de paz*, donde se forman hombres y mujeres que, en los diversos ámbitos de responsabilidad de la vida social, cultural y política, sean artesanos de diálogo y comunión.

Al servicio de los últimos

28. Hay otro punto aún sobre el que quisiera llamar la atención, porque en él se refleja en gran parte la autenticidad de la participación en la Eucaristía celebrada en la comunidad:

se trata de su impulso para *un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna*. Nuestro Dios ha manifestado en la Eucaristía la forma suprema del amor,

trastocando todos los criterios de dominio, que rigen con demasiada frecuencia las relaciones humanas, y afirmando de modo radical el criterio del servicio: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos» (Mc 9,35). No es casual que en el Evangelio de Juan no se encuentre el relato de la institución eucarística, pero sí el «lavatorio de los pies» (cf. Jn

13,1-20): inclinándose para lavar los pies a sus discípulos, Jesús explica de modo inequívoco el sentido de la Eucaristía. A su vez, san Pablo reitera con vigor que no es lícita una celebración eucarística en la cual no brille la caridad, corroborada al compartir efectivamente los bienes con los más pobres (cf. 1 Co 11,17-22.27-34).

¿Por qué, pues, no hacer de este Año de la Eucaristía un tiempo en que las comunidades diocesanas y parroquiales se comprometan especialmente a afrontar con generosidad fraterna alguna de las múltiples pobrezas de nuestro mundo? Pienso en el drama del hambre que atormenta a cientos de millones de seres humanos, en las enfermedades que flagelan a los Países en desarrollo, en la soledad de los ancianos, la desazón de los parados, el trasiego de los emigrantes. Se trata de males que, si bien en diversa medida, afectan también a las regiones más opulentas. No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos



reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cf. Jn 13,35; Mt 25,31-46). En base a este criterio se comprobará la autenticidad de

nuestras celebraciones eucarísticas.

CONCLUSIÓN

29. *O Sacrum Convivium, in quo Christus sumitur!* El Año de la Eucaristía nace de la conmoción de la Iglesia ante este gran Misterio. Una conmoción que me embarga continuamente. De ella surgió la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. Considero como una grande gracia del vigésimo séptimo año de ministerio petrino que

estoy a punto de iniciar, el poder invitar ahora a toda la Iglesia a contemplar, alabar y adorar de manera especial este inefable Sacramento. Que el Año de la Eucaristía sea para todos una excelente ocasión para tomar conciencia del tesoro incomparable que Cristo ha confiado a su Iglesia. Que sea estímulo para celebrar la Eucaristía con mayor vitalidad y fervor, y que ello se traduzca en una vida cristiana transformada por el amor.

En esta perspectiva se podrán realizar muchas iniciativas, según el criterio de los Pastores de las Iglesias particulares. A este respecto, la *Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos* ofrecerá propuestas y sugerencias útiles. Pero no pido que se hagan cosas extraordinarias, sino que todas las iniciativas se orienten a una mayor interioridad. Aunque el fruto de este Año fuera solamente avivar en todas las comunidades cristianas *la celebración de la Misa dominical* e incrementar *la adoración eucarística fuera de la Misa*, este Año de gracia habría conseguido un resultado significativo. No obstante, es bueno apuntar hacia arriba, sin conformarse con medidas mediocres, porque sabemos que podemos contar siempre con la ayuda Dios.

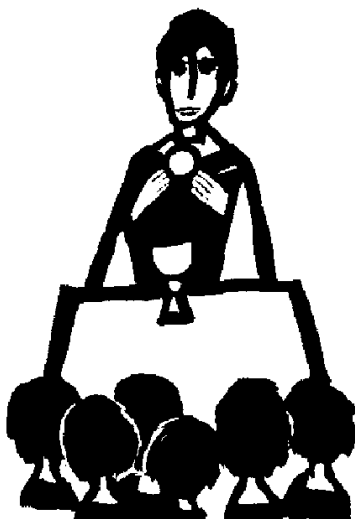
30. A vosotros, queridos *Hermanos en el Episcopado*, os confío este Año, con la seguridad de que acogeréis mi invitación con todo vuestro ardor apostólico.

Vosotros, *sacerdotes*, que repetís cada día las palabras de la consagración y sois testigos y anunciadores del gran milagro de amor que se realiza en vuestras manos, dejaos interpelar por la gracia de este Año especial, celebrando cada día la Santa Misa con la alegría y el fervor de la primera vez, y haciendo oración frecuentemente ante el Sagrario.

Que sea un Año de gracia para vosotros, *diáconos*, entregados al ministerio de la Palabra y al servicio del Altar. También vosotros, *lectores, acólitos, ministros extraordinarios de la comunión*, tomad conciencia viva del don recibido con las funciones que se os han confiado para una celebración digna de la Eucaristía.

Me dirijo el particular a vosotros, *futuros sacerdotes*: en la vida del Seminario tratad de experimentar la delicia, no sólo de participar cada día en la Santa Misa, sino también de dialogar reposadamente con Jesús Eucaristía.

Vosotros, *consagrados y consagradas*, llamados por vuestra



propia consagración a una contemplación más prolongada, recordad que Jesús en el Sagrario espera teneros a su lado para rociar vuestros corazones con esa íntima experiencia de su amistad, la única que puede dar sentido y plenitud a vuestra vida.

Todos vosotros, *fieles*, descubrid nuevamente el don de la Eucaristía como luz y fuerza para vuestra vida cotidiana en el mun-

do, en el ejercicio de la respectiva profesión y en las más diversas situaciones. Descubridlo sobre todo para vivir plenamente la belleza y la misión de la familia.

En fin, espero mucho de vosotros, *jóvenes*, y os renuevo la cita en Colonia para la *Jornada Mundial de la Juventud*. El tema elegido -«Venimos a adorarlo» (Mt 2,2)- es particularmente adecuado para sugeriros la actitud apropiada para vivir este año eucarístico. Llevad al encuentro con Jesús oculto bajo las especies eucarísticas todo el entusiasmo de vuestra edad, de vuestra esperanza, de vuestra capacidad de amar.

31. Tenemos ante nuestros ojos los ejemplos de los Santos, que han encontrado en la Eucaristía el alimento para su camino de perfección. Cuántas veces han derramado lágrimas de conmoción en la experiencia de tan gran misterio y han vivido indecibles horas de gozo «nupcial» ante el Sacramento del altar. Que nos ayude sobre todo la Santísima Virgen, que encarnó con toda su existencia la lógica de la Eucaristía. «La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio».[26] El Pan eucarístico que recibimos es la carne inmaculada del Hijo: «*Ave verum corpus natum de Maria Virgine*». Que en este Año de gracia, con la ayuda de María, la Iglesia reciba un nuevo impulso para su misión y reconozca cada vez más en la Eucaristía la fuente y la cumbre de toda su vida.

Que llegue a todos, como portadora de gracia y gozo, mi Bendición.

Vaticano, 7 de octubre, memoria de Nuestra Señora del Rosario, del año 2004, vigésimo sexto de Pontificado.

NOTAS:

[18] Cf. Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 44: AAS 95 (2003), 462; *Código de Derecho Canónico*, can. 908; *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 702; Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, *Directorium Oecumenicum* (25 marzo 1993), 122-125, 129-131: AAS 85 (1993), 1086-1089; Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Ad esequendam* (18 mayo 2001): AAS 93 (2001), 786.

[19] Cf. Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 43: AAS 93 (2001), 297.

[20] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 41.

[21] N. 33: AAS 90 (1998), 733.

[22] Cf. *Homilía en la solemnidad del «Corpus Christi»* (10 junio 2004), 1: *L'Osservatore Romano* ed. en lengua española, 18 junio 2004, p.3.

[23] Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 36.

[24] Cf. *ibíd.*

[25] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

[26] Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 53: AAS 95 (2003), 469.

Para meditar: *Elegidos, santificados, glorificados...*

¿No será esta la primera palabra que nació en el corazón de Dios cuando pensó en el hombre? Sí. Tiene que serlo, porque la primera palabra es su Hijo, el Elegido y en El somos elegidos (Ef.1). De este temblor del corazón del padre, cuando pronunció la palabra: «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy», nace toda vocación. Jesús es el origen de esa inmensa vocación que se va realizando por medio de la Iglesia.

Llamados a la vida desde Dios

Estremece pensar que sobre cada uno de nosotros ha sido pronunciada esta palabra. Estremece, porque es un acto de Dios. Yo comienzo en Dios. Soy llamado a la vida desde Dios. Mi vida vale porque la amó Dios. «A los que *de antemano* conoció... a esos los llamé» (Rom. 8, 28-35). Por eso mi vida me sobrepasa. Su alcance me sobrepasa, porque es un acontecimiento nacido en Dios y de Dios. Sólo a la luz de Dios, a la luz de su palabra puedo ir descubriendo mi ser. Yo soy un ciego para mí, porque he sido amado y llamado por Alguien que es más grande que yo. Por eso, mi única necesidad es el evangelio, para poder descubrir quién soy. El evangelio es para los ciegos. Dios es luz. Sólo él es la luz que brilla en este mundo. Y, si me descubro a la luz de Dios, sé que soy amado como soy, porque para mí, tal como soy, Dios se ha hecho evangelio en su Hijo amado. ¿Puedo entender, acaso, desde mí que en todos los hechos y padecimientos de Jesús el Padre le amaba? ¿Puedo entender que en todos los acontecimientos

de mi vida el Padre sigue pronunciando sobre mí: Tú eres mi hijo, el amado? No. Por mí no puedo. Porque los caminos por los que yo entiendo a Dios no son sus caminos. Distan de ellos como el oriente dista del ocaso. Para eso vino la Luz, que es Jesús. Sólo desde su luz puedo saber que soy amado, que soy elegido, que soy hijo. Sólo desde El puedo ir entreviendo progresivamente el sentido profundo de esta elección de Dios. Así le ocurrió a Abraham. ¿Qué podía entender de sí mismo? Que era un viejo fracasado y sin hijos. Desde Dios entendió, en un largo proceso, el hondo sentido de su ser. Jesús se llamará «hijo de Abraham»; en El se dará también la plenitud del amor del Padre en plenitud de pobreza suya. Y desde Abraham, desde Jesús, se me revela mi propio misterio.

La vocación de ser hermanos

Pero el Padre, al decir «hijo mío eres tú», dice «hermanos». La vocación que nace de Dios, su elección sobre mi, no es una elección o vocación individualista. Existe un texto maravilloso y el primero en el que se nos revela la paternidad divina. Dice se ha estremecido al contemplar la situación de servidumbre y opresión en que vive su pueblo. Entonces envía a Moisés para que diga a Faraón: «Yahvé ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me sirva, mas no has querido dejarlo ir; he aquí que yo voy a matar a tu hijo, tu primogénito» (Ex. 4, 22-23).

El «hijo primogénito» de Dios es *un pueblo*. Y no porque

cada individuo no lo sea. Sabemos la fuerza increíble de los textos de Pedro y Juan, sobre todo de Pablo y Juan, sobre este tema. Pero el corazón del Padre es «comunitario». Dios es comunidad. Es Padre. Es Hijo. Es Espíritu Santo. Cada persona tiene su identidad. Pero la forma de vida, la forma de ser de cada persona es comunitaria. El Padre no se pertenece. Ni el Hijo. Por esto, de un amor así, procede el Espíritu Santo. La comunidad, la unidad total. El amor total. Dios es el Amor.

Dios prometió a Abraham que sería padre de un pueblo. Ahora se revela a este pueblo (Ex. 19-24) a quien llama a salir de sí mismo, a abandonar los apoyos en que se sostiene - «abandonar los ídolos»- y caminar hacia lo desconocido, con la confianza puesta en Aquel que le está llamando. *Todo el pueblo* respondió a esta llamada, a esta vocación. Una larga historia comenzó en aquel momento. Había un pueblo que sólo existía por la voluntad de Yahvé y en la medida en que acogía y amaba Su Voluntad sobre él. Extraño pueblo. Distinto de todos. Un resto en medio de grandes imperios. Débil y como perdido en este mundo. Transido de inseguridad. Caminante. Sin lugar donde reclinar la cabeza. De ser juzgado por los grandes de la tierra, loco. ¿No es una forma de locura vivir en la tierra sin apoyarse en ella? Alguien dijo, muchos siglos después: «están en el mundo pero no son del mundo» (Jn. 17). Los demás pueblos de la tierra tienen otros dioses a los que adoran. Este, el elegido, tendrá que escoger cada día sólo a Yahvé y así será de generación en generación (Ex. 20, 1 ss.).

Pero todo esto tiene sentido por la maravilla de quien les elige. No es un ídolo. Es *el Creador y Señor del Universo*. «Ha puesto sus ojos en mí el que es grande, el Poderoso... el que acogió a Israel acordándose de la misericordia -como había anunciado a nuestros padres- en favor de Abraham y su descendencia por los siglos» (Lc. 1, 46-56).

El misterio de la gratuidad del amor de Dios

¿Por qué el Creador y Señor del universo se inclinó a Israel? La gratuidad del amor de Dios es un secreto. Tiene que ser revelado. «Para un juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos». Algunos fariseos que estaban con él oyeron esto y dijeron: «¿Es que también nosotros somos ciegos?». Jesús les respondió: «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero, como decís: 'vemos', vuestro pecado permanece» (Jn. 9, 39-41). De este secreto habló Dios a través de Oseas con una ternura, que a un niño, le bastaría para vivir. Pero nosotros no somos niños; la Iglesia no esta compuesta totalmente de niños en su actitud. Si fuerais ciegos seríais como los ciegos no rechazan que alguien los guíe. Pero creéis que veis y eso os hace autosuficientes, dioses para vosotros mismos. Lo único necesario para un niño es ser amado y acogido con sencillez. Pero sólo acoge el que se acepta pobre. Y éste es el secreto para entender la acción de Dios: la humildad. Dios no nos ama por que seamos buenos sino porque somos necesitados y ciegos. Impresiona este texto del Deuteronomio: «No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Yahvé y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos aquellos pueblos; sino por cuanto Yahvé os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Yahvé con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto. Conoce, pues, que Yahvé tu Dios es

Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones» (Dt. 7, 7-10).

Este pueblo de alianza, de elección, Dios lo escogió. Y lo llamó. Y lo reservó para sí. ¿Por qué? Jamás lo sabremos del todo. Lo que es muy claro que por ser mejores que los demás, no. Era un pueblo de dura cerviz y poco inclinado a la virtud (Dt. 9, 46). Dios es libre y nunca entenderemos su libertad, a pesar de la imagen esclarecedora de Jeremías, que lo compara con un alfarero (Jer. 18, 2-6).

Y este pueblo, que tiene su origen en Dios, tiene que ser conducido y educado por El, porque *lo que se origina en Dios tiene que llevarse a cabo con su poder para regresar a El dándole gloria*. Pero, durante el tiempo de peregrinación tiene una *misión* entre todos los pueblos de la tierra. No se pertenece a sí mismo. Es fermento. Sal y luz. Existe para manifestar la gran elección de Dios hacia todo hombre. Dios soñaba llegar a todo hombre cuando a Abraham le prometió un pueblo más numeroso que las estrellas del cielo (Gn. 12, 3). Y lo deseó por boca de los profetas (Is. 40-66) el que todos fueran uno (Is. 56, 60) y que Jesús convirtió en súplica filial (Jn 17, 21). La Iglesia no se pertenece. Cada miembro no se pertenece. Y, la razón profunda, es la elección de Dios. *Tú has sido elegido en un pueblo para todos los pueblos*.

En el mismo corazón de la Iglesia

La Renovación Carismática no es un movimiento en la Iglesia. No tiene un carisma peculiar con el que hacer visible el rostro de Cristo. Es la misma Iglesia en movimiento. Está en el corazón mismo de la Iglesia. El Espíritu Santo quiere dar nueva frescura a la elección de Dios. Quiere recuperar en cada individuo a un Abraham confiado y pobre; a María, la del Magnificat, que canta porque ha sido elegida e introdu-

cida por Dios en el pueblo de salvación; a Jesús, que se admira del amor que el Padre tiene por todos los pobres de la tierra. Y Abraham, y María... pueden serlo donde están; en el oficio que tienen; en la situación social en que se encuentran. La vida común, que es el Espíritu Santo, como el agua común... da vida a cada planta según su propia personalidad. Y, así como el día de Pentecostés había partos, medos y elamitas y habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia... (Hch. 2, 5-13), así, en la Renovación, hay curas y obispos, seglares y monjas, enfermos y médicos. Y pertenecen a todas las regiones de la tierra. ¿Qué nos une a los sesenta millones de carismáticos del mundo? ¿Una estructura jerárquica poderosa? No. ¿Un fundador de vida apasionante que arrastra las masas? No. La Renovación no tiene fundador humano. ¿Qué nos une entonces? Lo experimentamos todos cuando nos encontramos unos con otros en cualquier lugar de la tierra: UN MISMO ESPIRITU QUE VIVE, CRECE Y SE MANIFIESTA EN CADA VIDA Y EN CADA GRUPO. Y este espíritu común es quien nos hace pueblo. Un pueblo que se goza con su elección. Un pueblo que se sabe amado. Y conducido. Y purificado. Y con una misión que no es de grandeza sino de entrega, de fermento, de sal. Y todos entendemos que si la sal no muere a sí misma, no se pierde entre la masa, todo queda soso; el mundo queda soso y el plan de Dios sobre él se frustra. Un pueblo que se siente Iglesia y que ama y obedece con alegría a quienes disciernen su fe, porque sabe que la Iglesia nació de la obediencia de Jesús el Señor, que entregó su vida.. La elección es para la entrega. *Hemos sido elegidos «en el que se entregó»*.

P. Pedro Rejero, O.P.

El rincón de vuestros Testimonios

Antes de empezar este testimonio, quiero decir que pertenezco a la Renovación Carismática Católica. Escribo "pertenezco" a sabiendas de que puede sonar un poco raro, porque en la Renovación nadie me inscribió en ningún sitio, ni me pidieron cuentas sobre mi vida, ni me exigieron ningún compromiso de asistencia o afiliación.

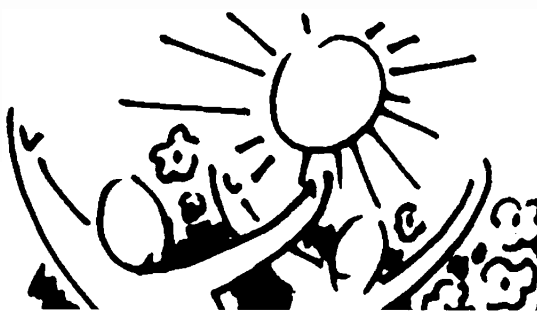
Pero tampoco el Señor me hizo rendirle cuentas cuando abrió mi corazón y mis oídos a la Verdad de su Palabra, o cuando me mostró la libertad arrodillándome ante Él. Nunca me ha pedido nada a cambio, ni entonces, ni ahora cuando me da la Vida poniendo su Nombre en mis labios. Y en cambio el deseo de llegar a saberme suya, de saber que me pertenece y le pertenezco por entero, es mi secreto más hondo. Porque me parece que sólo entonces, será lo que tenga que ser, pero sobre todo, seré.

Por eso digo que soy de la Renovación, porque fue en ella donde el Señor me hizo saber del mundo, de los demás, y de mí misma, como el esbozo, delicada y amorosamente trazado, de una obra preciosa y nueva que algún día llegaré a conocer. No sé cual es el resultado, pero con saber que son sus manos las que me conforman en lo único que verdaderamente me hace ser, tengo bastante. En cambio lo que sí sé es que el marco de la obra que espero en el Señor no es otro que la Renovación.

Tengo que decir también que cuando conocí al Señor venía de más de veinte años de un ateísmo calculado. Digo calculado porque suponía para mí un amarre importante a una autenticidad que no estaba dispuesta

a perder. Consideraba que cualquier religión no era sino un paliativo del miedo a la muerte del ser humano. Y sobre la Iglesia, -ya he dicho que yo era atea, no agnóstica, y por tanto estaba por encima de los discutidos planteamientos sobre su balanza de aciertos y errores-, pensaba que hasta sus más nobles acciones tenían como fondo el inconfesable intento de captar adeptos. Yo, lo tenía muy claro, nunca me encontraría entre ellos, menos aún cuanto más necesitada pudiera estar.

Pero no contaba con que la alabanza de la Renovación despertaría en mí lo que antes que yo ya sabía cada átomo de cada célula de mi cuerpo y con él del universo entero: el reconocimiento de que nada en mí era más ajeno a mí misma que mi mutismo en el clamor por el señorío de Cristo. Y lo supe con tal certeza y desde tan adentro, que todas mis reservas y voluntades quedaron postergadas a la voluntad, que revoloteaba con ansias por salir de mis labios, de pronunciar el sí que me lanzó al abrazo inmenso del que reconocí al instante como Padre.



Dicen, y es cierto, que en mi grupo, hay excelentes predicadores. Pero no fue su capacidad de convicción la que me hizo reconocer al Señor. Yo digo que esa capacidad no existe. Sí existe, en cambio, el carisma que transforma sus palabras en enseñanzas de vida. Y entonces, cuando el Espíritu nos toca, llega un momento en que seguir escuchando palabras, por muy bien dichas que estén, se convierte en algo superfluo frente a la aventura que se abre ante nosotros de vivir desde lo más hondo lo que se escucha. Y esa

vivencia nunca es otra que el nacimiento a la Vida en el amor y en la misericordia de Dios.

¿Cómo si no, se podría entender que de la noche a la mañana me descubriera sabiéndome Iglesia? ¿Quién puede creer en la capacidad de convicción de quién, para meter en el corazón de un ateo de forma incondicional a la Iglesia?, hasta el punto de saberse Iglesia, y no digo ya de pertenecer sino de saberse Iglesia. ¡Pero si yo ni siquiera había oído palabras que me lo dijeran!. Pero así ha sido con cada una de las revelaciones que han llegado a mí como bocanadas de aire puro y limpio del Espíritu desde la Renovación.

Empecé a escribir diciendo que pertenecía a un grupo de la Renovación Carismática con la intención de contaros un testimonio sobre uno de sus ministerios, el de enfermos, pero no he tenido tiempo ni de empezar porque se me va el corazón en daros las gracias. Otra vez será. Mi gratitud es para aquellos que no esperan más de sus capacidades, por nobles y grandes que sean, que de la fuerza del Espíritu para obrar el Reino de Dios en este mundo, y por eso se pueden entregar con alegría y con paz a su vocación de alabanza, sin miedos ni grandes estrategias, pero con el convencimiento de que el Espíritu través de su oración, de sus palabras, de sus canciones, será el que alcanzará los corazones para convencer de las cosas buenas de Dios. Mi gratitud es para aquellos a los que no les va la vida en convencer, pero que convencen sólo confiando al Espíritu su alabanza al Señor en cada uno de sus gestos y de sus acciones.

Gracias a la Renovación por la confianza en el Espíritu que me ha dado la Vida:

Pilar.

Carta abierta a la Renovación Carismática Católica

Que la paz del Señor esté en vuestros corazones.

En el grupo Amor de Dios de Valladolid tratamos de ser fieles a una llamada, a una vocación: vivir la Renovación como una “corriente de gracia” para renovar toda la vida de la Iglesia, sin una llamada particular específica: simplemente señalar a otros lo que ya tienen dentro de la Iglesia para poder ser cristianos vivos en el poder del Espíritu Santo, compartiendo la experiencia del encuentro personal con Jesucristo.

Queremos una Renovación que sea “nada” para que Dios pueda ser en ella “todo”.

Esta llamada muy bien definida por el cardenal Suenens, conocida y bendecida por los Papas Pablo VI y Juan Pablo II, sigue vigente hoy, como quedó de manifiesto en el Encuentro Internacional de Líderes de la RCC que tuvo lugar en Roma en septiembre de 2003. El Padre R. Cantalamessa también participa de esta visión, como queda reflejado en sus libros y en la entrevista que se le realizó en el citado encuentro y que publicó la revista Nuevo Pentecostés en su nº 88.

Ante la falta de acuerdo entre los servidores de nuestro grupo sobre aceptar o no los estatutos y tras largo tiempo de oración, decidimos que fueran todos los hermanos del grupo los que decidiesen, por mayoría, la aceptación o no de los mismos. Acordamos que el grupo caminaría tal y como decidiese esta mayoría.

El 2 de noviembre pasado, realizamos la votación tras una Eucaristía y salió por mayoría el NO a los estatutos.

Ante este hecho algunos hermanos se separaron del grupo. Nosotros hemos seguido haciendo la vida de siempre, asistiendo a las reuniones que estaban programadas para la Renovación o a los que estábamos invitados como RCC, como la misa que celebramos una vez al trimestre todos los grupos de la RCC en Valladolid, a una jornada completa de oración (organizada por el Centro de Espiritualidad), etc.

Hemos tenido el retiro de Efusión del Seminario de Vida en el Espíritu el fin de semana del 11 y 12 de diciembre, al cual invitamos a todos los grupos de Valladolid. El retiro fue un derroche de gracia. Nos reunimos unos 60 hermanos.

El 17 de diciembre tuvimos una entrevista con D. Braulio Rodríguez Plaza, nuestro arzobispo. El Señor nos consoló a través de nuestro pastor.

Le explicamos nuestra postura: cómo algunos que no veíamos claro lo de tener estatutos, permanecemos en silencio a la espera, pero cuando comprobamos que ni el Papa, ni los obispos nos los habían pedido, en contra de lo que la C.N. había asegurado, ya no tuvimos obstáculo para continuar sin ellos, viviendo así lo que creíamos que el Señor nos pedía.

Le hablamos de nuestro sentido eclesial, de cómo en la RCC habíamos aprendido a amar a la iglesia.

Le hablamos también del Cardenal Suenens, de los líderes del ICRRS, del P. Raniero Cantalamessa. Le contamos asimismo, de cómo se informó al grupo Amor de Dios y se hizo la votación.

Lo primero que D. Braulio nos dijo -lo recalcó varias veces antes de que habláramos ninguno- es que los

obispos no han pedido los estatutos a la RCC, sino que ha sido la Coordinadora Nacional quien se los ha presentado, y si alguien lo sabía bien, era él, por ser el Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar (CEAS) de la Conferencia Episcopal. Y añadió lo siguiente:

Que podíamos seguir caminando tal como lo veíamos.

Que en la Iglesia hay sitio para todos.

Que hay muchos grupos en la Iglesia que no tienen Estatutos.

Nos habló de vivir con paciencia, no tener prisa y esperar los frutos.

Que no hay que asustarse, que en la Iglesia, siempre ha habido tensiones.

Que la RCC es muy valiosa en la Iglesia y es normal que haya dificultades

Que tengamos claro que seguimos siendo RCC aunque no hayamos aceptado los Estatutos. (Desde la Coordinadora Nacional, se indicaba que los que no los aceptásemos, pasaríamos a ser “otra realidad”)

Le hablamos de la reunión de Pozuelo y del Manifiesto que allí elaboramos, cuya copia le entregamos, así como una copia del documento elaborado en 1998, con motivo de los 25 años de la RCC en España y que fue presentado a la Conferencia Episcopal.

Quiso saber cuántos éramos y si estábamos coordinados; respondimos que vamos a tener un nuevo encuentro y que le comunicaríamos estos puntos. También nuestro deseo de estar coordinados con todas las expresiones de la RCC de España.

Le manifestamos también, cómo habíamos considerado en Pozuelo la necesidad de pedir a los obispos una

carta de aliento y apoyo. Tomó nota con mucho gusto y nos pidió que le hiciéramos llegar esa petición para llevarla a la próxima reunión de la Conferencia Episcopal.

Nos despedimos cordialmente,

quedando en que seguiríamos en contacto.

Con esta carta, además de compartir, hemos querido expresar nuestro deseo de vivir bajo la autoridad de nuestros Pastores, en la libertad

de los hijos de Dios, junto a toda la Renovación Carismática Católica de España, en todas sus expresiones.

Unidos en Cristo.

El equipo de servidores del grupo Amor de Dios de Valladolid

Noticias...Noticias...Noticias

El 22 de enero, en la Casa de las Religiosas del Amor de Dios, se celebró un retiro organizado por la Coordinadora Regional para todos los grupos de la Zona Centro. El P. Chalo González presidió la eucaristía y Mamen Sánchez predicó las enseñanzas. Asistieron unos doscientos hermanos y el Señor nos bendijo con su palabra, una alabanza poderosa y la alegría de la convivencia fraterna.

Los días 5 y 6 de marzo se celebró el II Encuentro de Pozuelo, al que asistieron los firmantes del Manifiesto junto a numerosos hermanos que se han ido adhiriendo al mismo desde entonces: de Andalucía, Canarias, Castilla-León, Cataluña, Centro, Extremadura, Levante, Norte... Se acordó usar un nuevo nombre: Renovación Carismática Católica en el Espíritu, RCCeE, y se nombró una comisión para elaborar un documento común sobre nuestra identidad, que será trabajado, hasta su consenso, en el próximo encuentro de Pozuelo.



En Ciudad Real se impartió un Seminario de Vida en el Espíritu, organizado por los hermanos de Tomelloso. El retiro de efusión se celebró los días 19 y 20 de febrero.

En esta misma fecha, se celebró el retiro de cuaresma del grupo Maranatha (Madrid) en Los Negrales, presidido por el P. Francisco Arias, O.P.

Y en Granada, vivieron el retiro

El encuentro, desbordado por la partiendo la gra-



también los días 19 y 20 de febrero, en el Seminario Mayor de Cartuja, de cuaresma, presidido por el P. Chus Villarroel, O.P.

preparado para un pequeño grupo de hermanos, se vio gozosamente asistencia de hermanos de Jaén, Málaga y de la propia Granada, comicia y la bendición del Señor cerca de doscientos hermanos.

Los próximos encuentros de los que tenemos noticias son:

Retiro diocesano de Guipúzcoa.

P. Chus Villarroel, O.P.

Fecha: 23 y 24 de abril.

Lugar: PP. Salesianos de Urnieta. Urnieta (Guipúzcoa)

Enlace: Pedro Arribas. Teléfono móvil: 627 510 622



Pascua CRZC

Fecha: 24, 25, 26 y 27.

Lugar: Cercedilla (Madrid)

Pascuas paralelas de jóvenes y adultos, presididas por el P. Chalo González, CSV y el P. Chus Villarroel, O.P.

Enlace: Begoña Flórez: grageraflorez@eresmas.com



A tu servicio



Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico GRATIS.

Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Recordaros también, que en las direcciones que ponemos debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué te sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Teléfonos de contacto: 917735644 (Maria Jesús) 916318745 (Javier)

e-mail secretaría: beacarrasco@telefonica.net

Correo ordinario: Maria Jesús Casares Guillén

c/ Camino de los Vinateros, 119

28030 Madrid

Tu equipo de servidores en la zona centro:

Begoña Flórez, Chalo González, Clara Albert, Conchita Jiménez, José Antonio Molina, Licerio Osuna, Mamen Sánchez, Maria Jesús Casares.

